

# JULES SUPERVIELLE

## poeta del mar

por SEVE CALLEJA

**D**e Jules Supervielle (1.884 - 1.960) se ha dicho que hizo de puente entre Francia y América Latina por su doble condición de francés y uruguayo. Se ha dicho también que, junto a Saint-John Perse, cuenta menos en Francia que fuera de ella y acaso sea por haber permanecido al margen del Surrealismo y sus variantes de época. Junto con Jules la Forge e Isidore Ducase, Conde de Lautremont, fue uno de aquella pléyade de franceses fuera de Francia. Y si se le pregunta sobre él a un uruguayo dirá: "una de las puntas de aquel triángulo de montevideanos que sólo cumplieron con el rito de nacer en la capital del Plata". Y esto a pesar de haber vertido en su obra las esencias del americanismo (*El hombre de la Pampa*, 1.923). Aunque sea cierto que optó por rehusar a cualquier compromiso político o social, excepción hecha tal vez de su poemario *Por la Francia desdichada*, de 1.924, que son cantos de guerra desde los que mira a su patria con dolor.

Supervielle, último "Príncipe de la Poesía" en Francia después de Paul Fort, fue un poeta entre las aguas de dos patrias. Su obra nació del mar y en él se justifica y se sustenta. Amigo de Rilke, todo su hacer es fábula humana y metafísica, e introspección, es decir, inmersión permanente en su nostalgia, canto de su profundo desarraigo. Por eso su poesía, su obra toda, está empapada de agua de mar. No encontramos libro de poemas ni novela suya que no huela a salitre. ¿Con qué mejor que con el oleaje se podía fabular la eterna duda, el titubeo de la existencia humana, que es su fundamental tema.

Dijo una vez: "Me fundo con la Pampa que no conoce la mitología, / con el desierto orgulloso de ser el desierto" (en "Regreso a la estancia", de *Débarcaderos*, 1.934), y no encontró consuelo. Después escribiría: "A-montono en mi noche, como un barco sombrío, marinos y pasaje en el desorden / y elijo a mis amigos en las profundidades" (en "Un poeta" de *Les amis inconnus*, 1.934). E hizo del mar su mundo: "Ser por fin hijo de esta agua marina, / mantenerse de algas en las profundidades" (de *Regains*, 1.938). Y desde allí añorará la niñez, que es como seguir echando en falta paraísos perdidos para el hombre: "Me remonto en el tiempo por serte más idéntico, / pequeño rostro errante de niños sin consuelo" (en "El niño asesinado", de "1.939 - 1.945").

Niñez y mar, lejos de las estampas de niños en la playa, serán los dos resortes de una obra escrita por un naufrago, por un superviviente perdido en los abismos de océano-mundo ("El Superviviente", he ahí el título que da a una de sus novelas, argumentalmente enlazada con *El ladrón de niños*). Su prosa, que no resulta fácil separar de su verso, está también cuajada de espectros sumergidos en el mar, o en el Sena: una ficción al servicio, no ya de la aventura, sino de la nostalgia envuelta siempre en bruma. Y es que tampoco el mar lo reconforta. Ni los peces, virtuales compañeros, lo consuelan ni el sabe hacer lo propio por los peces: "No sé más de vosotros que vuestra espuma y sombra / y que un día, igual que yo, os tendréis que morir. / ¿A qué venis entonces a perturbar mis sueños / como si yo os pudiera servir de alguna ayuda? / Idos al mar, dejadme sobre mi tierra seca. / No estamos hechos para compaginar nuestra existencia".

Cuando más tarde Supervielle empieza a hacer balance de su obra y de su vida, cuando recoge velas, que es como hacer memoria, sólo, entonces nos dice qué es el mar en sus versos. Y el mar no es un paisaje, un recurso poético... Es semejante al mar del ying y el yang de Valéry ("*La mer, la mer toujours recomencée*") visto por Supervielle desde el umbral, cuando uno se despide:

### EL MAR

"Es cuanto hubiéramos querido hacer y nunca hicimos  
(.../...)

Es lo que avanza por las profundidades y nunca sube hasta la superficie.  
Es lo que avanza por la superficie bajo el temor de las profundidades  
Todo eso y mucho más  
El mar."

(de "Oublieuse Mémoire", 1.949)



FRANCISCO HERRERO. - 83

"El pueblo sobre las olas"

("Le village sur les flots") (\*)

Entre olas que se yerguen y su-  
/cumben  
bajo el agua que de ellas se separa  
sin haber conseguido  
dar forma a un viejo sueño,

pasé cruzando un día por un  
/pueblo  
náufrago entre los filos de unas  
/aguas  
que acudían a sorber de cuando  
/en cuando  
los muros de las casas,

un pueblo en que no había calles  
/ni campanario,  
ni bandera, ni ropa al sol,  
tan lleno de ilusiones  
que parecía la frente de una som-  
/bra.

Aquel pueblo-sirena lo formaban  
edificios con cola, igual que pe-  
/ces,  
por lo que la yedra y las enreda-  
/deras  
se extenuaban en inútiles volutas.

Algunas veces una inquieta estre-  
/lla  
llegaba violenta en pleno día,  
pero había de marcharse más vio-  
/lenta  
entre su cabellera despeinada.

Un niño salpicado por la bruma,  
llevando su cartera bajo el brazo,  
lanzaba una mirada tenebrosa  
a las altas y fabulosas olas.

Era un hijo de las eternidades,  
amado hijo de la soledad celeste,  
lleno de espuma y de verdad,  
un niño alto y humilde

en un pueblo sin valles,  
ni árboles, ni praderas,  
cercado por el agua, un pueblo  
donde la rabia subyugaba al al-  
/ma,

Y el niño, acurrucado sobre el  
/mar,  
soñaba una gran vela  
para bogar por fin hacia una cos-  
/ta  
donde humean otros pueblos.



(\*) Este poema forma parte del libro "Gravitations", publicado en 1.932.

# LA NIÑA DEL OCEANO

*(L'enfant de la haute mer) (\*)*

¿Cómo se habrá formado esta calle flotante? ¿Qué marinos, con la ayuda de qué arquitectos, pueden haberla construido en mitad del Atlántico sobre la superficie marina, precisamente encima de un abismo de seis mil metros? ¿Por qué esta larga calle de casas de ladrillos rojos, tan descoloridos que ya tienen un tono grisáceo, con esos tejados de pizarra, con esas humildes tiendecitas por las que parece no haber pasado el tiempo? ¿Y ese campanario tan destartado? ¿Y no contenía más que agua de mar y quería ser un jardín amurallado, resguardado con vidrios rotos sobre los que saltaba de vez en cuando un pez?

¿De qué manera podía mantenerse todo aquello de pie sin ser siquiera zarandeado por el oleaje?

¿Y esa niña de doce años, tan solitaria siempre, que deambulaba en zuecos con un andar seguro por la calle líquida, como si pisara tierra firme? ¿Cómo era posible...?

Iremos explicando cada detalle a medida que lo vayamos viendo y nos veamos capaces. Mas cuanto haya de quedar oscuro lo será a pesar nuestro.

Con la llegada de cualquier navío, incluso antes de que pudiera ser perceptible en el horizonte, aquella niña era presa del más profundo sueño y el pueblo desaparecía por completo bajo las aguas. Por eso ningún marino, ni siquiera desde lejos, había nunca divisado el pueblo aquel ni llegado a sospechar su existencia.

La niña se creía la única chiquilla en el mundo. ¿Sabría al menos que era una chiquilla?

La verdad es que no era demasiado guapa por culpa de sus dientes, un tanto separados, y una nariz acaso demasiado respingona; en cambio tenía una tez blanquísima salpicada de encan-

to, quiero decir, de pecas (1). Y su pequeña imagen dominada por unos ojos grises, pequeños pero enormemente luminosos, se os clavaría en el cuerpo, hasta el fondo del alma, como una grata sensación que brotara del fondo de los tiempos.

En medio de la calle, la única de este pueblecito, la niña se ponía a veces a mirar a derecha e izquierda como si esperara percibir el más leve saludo de la mano o de la cabeza de alguien, cualquier señal amiga. Vana sensación que albergaba sin darse cuenta, ya que nada ni nadie podía llegar a aquel pueblo perdido y a punto siempre de desvanecerse.

¿Y de qué vivía? ¿De la pesca? No, qué va. Disponía de alimentos en la alacena y en la fresquera de la cocina, y hasta de carne cada dos o tres días. Tenía también patatas suficientes, algunas legumbres y huevos de vez en cuando. Las provisiones surgían espontáneamente en sus armarios. Por eso, si la niña cogía mermelada de un tarro, no quedaba después menos mermado: como si hubiera estado así aquel día y tuviera que permanecer igual eternamente.

Cada mañana, media libra de pan reciente envuelta en papel aguardaba a la niña sobre el mostrador de mármol de la panadería, detrás del cual no había visto jamás a nadie, ni tan siquiera una mano, o un dedo, que empujara el pan hacia ella.

Se levantaba muy temprano, subía las persianas metálicas de los comercios (en unos podía leerse: "Cafetería", en otros: "Herrero" o "Panadería Moderna" o "Mercería"), abría las contraventanas de todas las casas, las enganchaba con cuidado debido al viento marino y, según qué tiempo hiciera, dejaba o no abiertas las ventanas. En algunas cocinas encendía la lumbre para que saliera humo de tres o cuatro tejados. Una hora antes de ponerse el sol empezaba a cerrar los postigos con sencillez. Y volvía a bajar las persianas de chapa ondulada.

La niña cumplía con sus quehaceres guiada por un instinto, por una intuición cotidiana que la obligaba a cuidar de todo.

En primavera dejaba una alfombra en cualquier ventana o ropa a secar, como si el pueblo tuviera que dar a toda costa la sensación de estar habitado y lo más parecido posible a un pueblo de verdad. Y a lo largo del año debía cuidar de la bandera que ondeaba siempre en el ayuntamiento.

Por las noches encendía los candiles o se ponía a coser a la luz de una vela. Había también luz eléctrica en muchas de las casas del pueblo, y la niña manipulaba los interruptores con soltura y naturalidad.

Una vez colocó en la aldaba de una puerta un lazo de crispón negro. Le pareció que aquello hacía bonito. Y lo dejó allí dos días, luego lo retiró.

En otra ocasión se puso a tocar el tambor deregonero como para vocear una noticia. Y es que tenía unas ganas terribles de gritar cualquier cosa que pudiera llegar a oírse de un extremo a otro del mar, pero su garganta se agarrotó, no le salía un solo sonido. Hizo tales esfuerzos que su rostro y su cuerpo casi se tornan negros como los de los ahogados. Después tuvo que volver a dejar el tambor en su sitio, en el rincón izquierdo al fondo del salón de sesiones del ayuntamiento.

La niña accedía al campanario por una escalera de caracol de peldaños desgastados por millares de pies nunca vistos. El campanario, que debía de tener por lo menos quinientos escalones, pensaba la niña (en realidad tenía ochenta y dos), dejaba ver el cielo cuanto era posible entre sus amarillentos ladrillos. Y había que tener contento al reloj de la torre dándole cuerda a la manivela para que tocara la hora día y noche.

La cripta, los altares, los santos de piedra dando órdenes calladas, aquellos reclinatorios

medio cuchicheantes que aguardaban, perfectamente alineados, a seres de todas las edades, los retablos aquellos cuyo dorado había ya envejecido y quería seguir envejeciendo, todo aquello atraía y alejaba a la niña, que no entraba nunca al templo y que se conformaba con entreabrir la acolchada puerta en los ratos libres para echar una ojeada rápida al interior conteniendo la respiración.

Dentro de un baúl de su habitación había recuerdos de familia, algunas tarjetas postales de Dakar, de Río de Janeiro, de Hong-Kong, firmadas Carlos o C. Lievens y dirigidas a Steenvoorde (Norte). La niña del océano no sabía cuáles eran aquellos lejanos países, ni aquel Carlos, ni aquella Steenvoorde.

Conservaba también en un armario un álbum de fotografías. Una de ellas representaba a una chiquilla que se parecía muchísimo a la niña del océano, y a veces ésta se quedaba contemplándola con humildad. Era siempre aquella imagen la que parecía tener razón, estar en lo cierto. Su jetaba un aro en la mano. La niña había buscado uno parecido por todas las casas del pueblo. Y un día creyó haberlo encontrado: era el cincho de hierro de un tonel, y en cuanto intentó correr con él, el aro se le escapó a alta mar.

En otra fotografía, la chiquilla aparecía entre un hombre uniformado con traje marinero y una mujer huesuda y endominguetada. La niña del océano, que jamás había visto un hombre ni una mujer, estuvo preguntándose durante largo rato que querían esas personas, incluso hasta altas horas de la madrugada, cuando la lucidez nos llega a veces de improviso, con la violencia del rayo.

Todas las mañanas acudía a la escuela con un enorme cartapacio en el que llevaba cuadernos, una gramática, una aritmética, una historia de Francia y una geografía. Tenía también la Flora de Gastón de Bonnier, miembro

del Instituto y profesor de La Sorbona, y de Georges Layens, miembro laureado de la Academia de Ciencias (2), que contenía las plantas más comunes así como otras útiles y nocivas con 898 ilustraciones. Leía la introducción: "Durante la primavera no hay nada más grato que procurarse en grandes cantidades las plantas de los campos y los bosques". Y la historia, la geografía, los países, los grandes personajes, las montañas, los ríos, las fronteras..., cómo podía comprender todo aquello quien no tenía otra cosa que la calle vacía de una pequeña ciudad en lo más solitario del océano. Si ni siquiera era capaz de localizarse en él, en ese océano que veía en los mapas, a pesar de que lo hubiera llegado a suponer un día, por un instante. Y en seguida había desechado tal suposición por disparatada y peligrosa.

Algunas veces, se ponía a escuchar con una sumisión absoluta, escribía unas cuantas palabras, volvía a escuchar, se ponía de nuevo a escribir, como al dictado de una profesora invisible. Después, la niña abría una gramática y permanecía inclinada sobre ella largo rato, conteniendo la respiración, en la página 60 y el ejercicio CLXVIII, que era el que más le gustaba. Entonces la gramática parecía empezar a hablar dirigiéndose a la niña del océano.

¿---eres? ¿---piensas? ¿---hablas?  
¿---quieres? ¿---hay que dirigir-  
se? ¿---sucede? ¿---se acusa? ¿---  
¿---erés capaz? ¿---eres culpable?  
¿---se trata? ¿---te ha dado este  
regalo? ¿---te quejas?

(sustituir los guiones por el pronombre interrogativo correspondiente, con o sin preposición)

A menudo la niña experimentaba el deseo irresistible de redactar ciertas frases. Y lo hacía con esmero y aplicación. He aquí algunas entre otras muchas:

Compartamos esto, ¿quieres?  
Escúchame bien. ¡Siéntate y no te muevas, te lo ruego!  
Si tuviera por lo menos un poco de nieve de las altas montañas, el

día transcurriría más rápido.  
Espuma, espuma a mi alrededor, ¿es que nunca vas a volverte sólida?

Para formar un corro hacen falta tres por lo menos.

Eranse dos hombres sin cabeza que iban por un camino polvoriento.

La noche y el día, el día y la noche, las nubes y los peces voladores.

He creído escuchar un ruido, pero era el bramido del mar.

O bien, redactaba una carta en la que daba noticias de su pequeño pueblo y de sí misma. No se la dirigía a nadie en particular, ni enviaba un fuerte abrazo al terminarla, ni había nombre alguno estampado en el sobre. Pero, terminada la carta, la echaba al mar -no para desembarazarse de ella, sino porque así debía ser- quién sabe si a la manera del naufragó que entrega a las olas su último mensaje dentro de una botella desesperada.

No pasaba el tiempo en el pueblo flotante: la niña tenía siempre doce años. Y era inútil que encorvara su espalda frente al espejo del armario de su cuarto.

Una vez, cansada de parecerse por sus trenzas y su frente despejada a la fotografía que guardaba en su álbum, se irritó consigo misma y con su retrato y se soltó violentamente la cabellera sobre los hombros, con la esperanza de que su edad se viera transformada. Tal vez así el mismo mar, todo su entorno, experimentara algún cambio y pudiera llegar a ver grandes cabras de espumosa barba que se acercaran a contemplarla. Pero el océano continuaba vacío y ella no recibía más visita que la de las estrellas fugaces.

En cierta ocasión, hubo una especie de descuido del destino, un fallo en su voluntad. Un pequeño mercante de verdad, humeante, testarudo y controlando perfectamente el rumbo a pesar de que iba poco cargado (una resplandeciente bandera roja brillaba al sol bajo su línea de flota-

ción), un mercante, digo, cruzó por la calle marina del pueblecito sin que desaparecieran sus casas bajo las olas y la niña fuera presa del sueño. Eran las doce en punto del mediodía. Entonces el mercante hizo sonar su sirena, pero su vibración no llegó a confundirse con la del campanario. Cada una mantenía su independencia.

La niña, percibió por vez primera una señal que le llegaba de los hombres, se apresuró a la ventana y gritó con todas sus fuerzas:

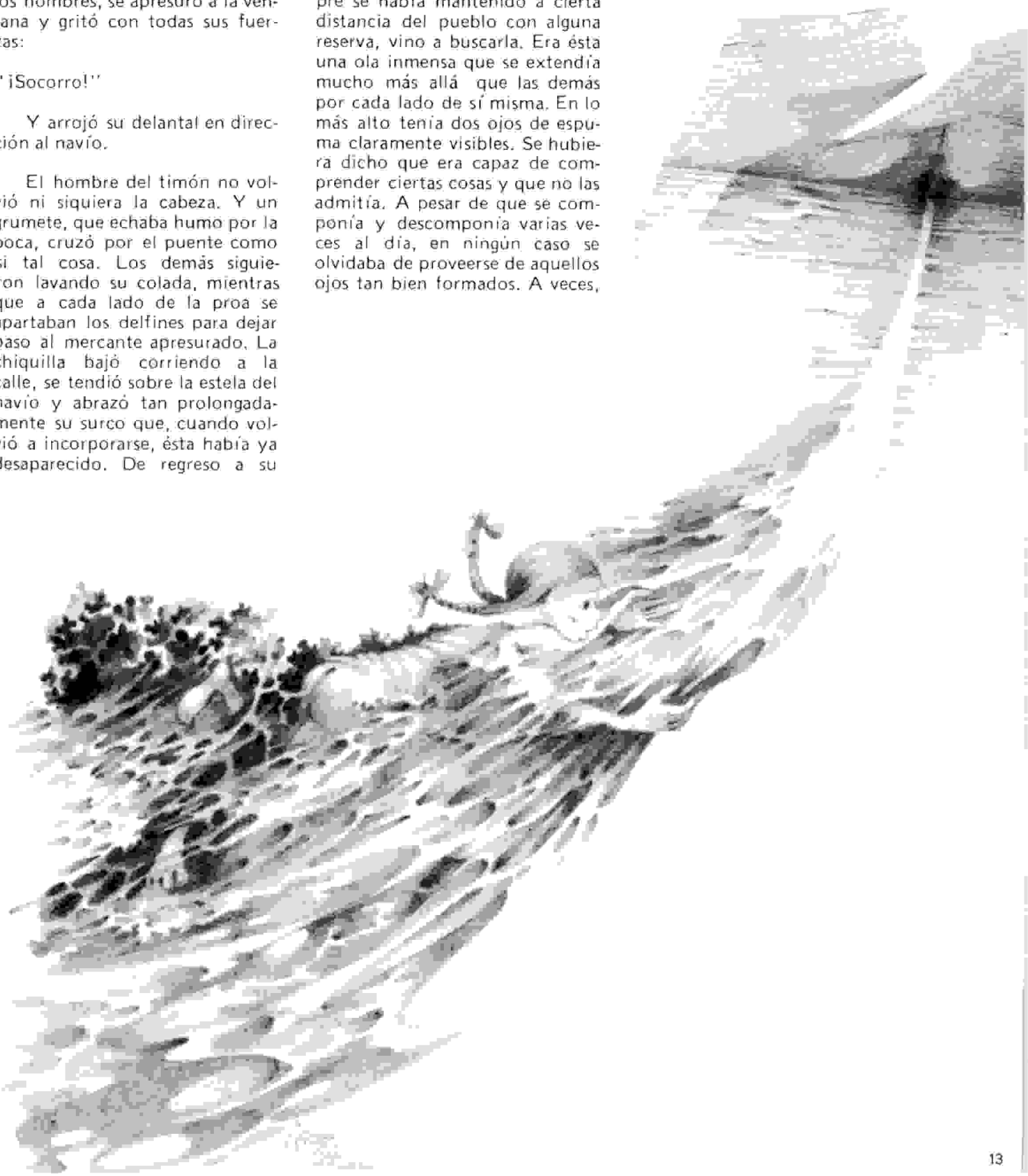
“¡Socorro!”

Y arrojó su delantal en dirección al navío.

El hombre del timón no volvió ni siquiera la cabeza. Y un grumete, que echaba humo por la boca, cruzó por el puente como si tal cosa. Los demás siguieron lavando su colada, mientras que a cada lado de la proa se apartaban los delfines para dejar paso al mercante apresurado. La chiquilla bajó corriendo a la calle, se tendió sobre la estela del navío y abrazó tan prolongadamente su surco que, cuando volvió a incorporarse, ésta había ya desaparecido. De regreso a su

casa, la niña se extrañó de haber gritado: “¡Socorro!” Era ahora cuando comprendía el profundo significado de esa exclamación. Y tal significado la aterrorizó. ¿Sería que los hombres eran incapaces de escuchar su voz? ¿O aquellos marineros eran sordos y ciegos? ¿O es que eran más crueles que las profundidades oceánicas?

Entonces una ola, que siempre se había mantenido a cierta distancia del pueblo con alguna reserva, vino a buscarla. Era ésta una ola inmensa que se extendía mucho más allá que las demás por cada lado de sí misma. En lo más alto tenía dos ojos de espuma claramente visibles. Se hubiera dicho que era capaz de comprender ciertas cosas y que no las admitía. A pesar de que se componía y descomponía varias veces al día, en ningún caso se olvidaba de proveerse de aquellos ojos tan bien formados. A veces,



si algo le interesaba, se apreciaba que podía aguantar casi un minuto con la cresta en alto, forzando su propia condición de ola, y que necesitaba siete segundos para recomponerse. Hacía mucho que esta ola hubiera querido hacer algo por la niña, pero no sabía qué. En cuanto vio alejarse al mercante, comprendió la angustia de la que se quedaba. Y no pudiendo hacer otra cosa, la trasladó no lejos de allí, sin mediar palabra, como si la llevara de la mano. Después de haberse arrodillado ante ella, como lo hacen las olas, la envolvió en su propio seno y la guardó durante largo rato tratándola de adueñársela, con la complicidad de la muerte. Pero la chiquilla se negó a respirar para ayudar a la ola en su grave intento. Al no lograr su propósito, la arrojó por los aires hasta que la niña no fue más voluminosa que una golondrina de mar, la recogió y la volvía a lanzar como una pelota y ella rebotaba entre sus copos, grandes como huevos de avestruz. Por fin, viendo que no tenía nada que hacer y que no conseguiría darle muerte, aquella ola transportó a la niña de nuevo a su casa en un estruendoso murmullo de lágrimas y excusas. La chiquilla, que no tenía un solo rasguño, se vio otra vez obligada a abrir y cerrar las contraventanas, ya sin esperanzas, y a desaparecer momentáneamente cada vez que asomara por el horizonte la silueta de un navío.

Marinos que soñáis con la mar, apoyados los codos en la liza, libaos de pensar por un instante en medio de la noche en un rostro querido. O correréis el riesgo de dar vida, en los más desérticos lugares, a un ser dotado de sentimientos, pero que no podrá vivir, ni morir, ni amar, y sí en cambio sufrir como si viviera, como si amara o como si estuviera a punto de morir; un ser terriblemente abandonado en medio de la soledad marina, igual que esta niña del océano, nacida un día en la mente de Carlos Lievens, de Steenvoorde, marinero de la tripulación del buque "Le Hardi", que había perdido a su hija de doce años durante una de sus travesías, y una noche, a 55 grados de latitud Norte y 35 de latitud Oeste, pensó mucho en ella, con una intensidad desmesurada, para desdicha de la niña.

SEVE CALLEJA

LEXIA DE PAJARO

Por coger el rumbo de la diáspora  
y navegar en lunas imposibles.  
Por haber bebido en los recodos de tus labios  
(dictado fugaz y en abandono)  
los versos ciegos,  
tu verbo clandestino.

Por querer reunir en septiembre  
tus manos

musgo  
espuma  
y alambrada.  
dulce caricia de yedra paseando mi cuello,  
preludio de otoño  
cuando la náusea amarilla  
florece a la sombra de mi casa.

La luz huyendo en procesión hacia el claustro,  
punto final y síntesis de albada  
- aquella que desayunaba la vida en espiral  
sobre la mesa puesta de mi alma-  
retrocediendo ahora

encrucijada.  
Por no encontrar violetas  
(tan sólo una versión silvestre del estío)  
que cubran las arterias heridas  
de este agosto litoral y a la deriva

Sobre este pliegue tibio del arroyo,  
ebria de savia y bruma de recuerdos,  
quedará la épica azul,  
la condición secreta de los pájaros  
para huir eternamente del invierno.

AMALIA IGLESIAS

(\*) El presente relato ha sido traducido del libro del mismo título: "L'enfant de la haute mer", c Editions Gallimard, 1.931, con su expresa autorización.

(1) El autor juega con la similitud fonética de "douceur" y "rosseur" en el original.

(2) Gastón Bonnier y Georges Layens, ilustres botánicos y coautores de "La Flora Completa de Francia", editada en 1.894.